

Mujeres migrantes: resiliencia, violencia y búsqueda de oportunidades

La migración es un fenómeno que atraviesa fronteras, pero también vidas. Entre quienes migran, las mujeres enfrentan riesgos particulares, muchos de ellos invisibles o normalizados. Migrar siendo mujer implica cargar con responsabilidades familiares, enfrentarse a violencias específicas, sortear peligros en el camino y buscar un lugar donde puedan vivir con dignidad y oportunidades.

Las mujeres migrantes en tránsito por México enfrentan altos niveles de violencia sexual, explotación laboral, secuestro, fraude, discriminación y extorsión. Muchas viajan acompañadas de sus hijas e hijos, lo que incrementa la vulnerabilidad y la necesidad de encontrar refugio, alimentación, atención médica y seguridad. Los albergues y estaciones migratorias no siempre cuentan con condiciones adecuadas para su bienestar, y la falta de información accesible dificulta la toma de decisiones seguras.

En los países de destino o permanencia temporal, las mujeres migrantes suelen incorporarse a empleos informales, mal pagados o sin protección legal. Esto limita su autonomía económica y dificulta que puedan salir de círculos de violencia. A pesar de ello, muestran una enorme capacidad de resistencia: organizan redes de apoyo, impulsan negocios locales, participan en proyectos comunitarios y crean espacios seguros para otras mujeres.

La violencia estructural que viven no solo es resultado de las políticas migratorias, sino también de prejuicios arraigados: se les percibe como “extranjeras”, “carga económica” o “mano de obra barata”. Estas narrativas ignoran su contribución al desarrollo social y económico de las comunidades donde se integran.

En México, la Bancada Naranja ha impulsado propuestas para garantizar atención humanitaria, acceso a servicios básicos y mecanismos de protección para mujeres migrantes, especialmente en situaciones de violencia o riesgo. Son pasos necesarios en un tema que exige sensibilidad, justicia y visión humanista.

Desde Mujeres en Movimiento, reconocemos la fuerza de las mujeres migrantes. Son mujeres que huyen de la violencia, la pobreza, la discriminación o la falta de oportunidades. Mujeres que viajan con esperanza, que aprenden nuevos idiomas, que cargan su identidad en la mochila y que luchan por un futuro más seguro para sus familias. Su resiliencia no debe romantizarse; debe ser acompañada con políticas que garanticen derechos, protección y un entorno seguro.

Ninguna mujer debería arriesgar su vida para buscar lo que debería ser un derecho básico: vivir sin violencia. Las mujeres migrantes merecen respeto, reconocimiento y

protección. Sus historias nos recuerdan que los movimientos humanos no son amenazas, sino expresiones de búsqueda de libertad. Nos toca construir comunidades donde todas las mujeres, sin importar su origen, puedan vivir con igualdad y dignidad.